



## Ponente<sup>1</sup>

**JAVIER ZARZALEJOS NIETO**

Secretario General de la Fundación FAES

Muchas gracias, José María, y muchas gracias a la asociación, a la fundación por esta invitación que me permite estar con ustedes y que me permite estar con quien ha sido compañero en algunas ocasiones en lides parecidas, y buen amigo, Benigno Pendás.

Reducido el protocolo inicial por razones de tiempo, yo creo que estamos todos de acuerdo en que el rótulo de esta sesión en cierto modo se ha quedado desfasado respecto a lo que está ocurriendo ahora. Hoy no solamente no se puede hablar de indiferencia de la política o hacia la política, sino tal vez de un momento de hiperpolitización. Yo creo que probablemente pocas veces como en este momento hay debates abiertos que son radicalmente políticos, por supuesto en España, por supuesto en Europa. ¿Cuándo, en España, se habían seguido unas elecciones griegas como se han seguido en este año, y cuándo en España hemos atribuido consecuencias tan importantes para la política interna de lo que pudiera ocurrir en Grecia? ¿O cuándo en España se ha producido en las últimas décadas una ebullición, emergencia de partidos, de fórmulas diferentes de encuadramiento político, de movimientos sociales? Por tanto, realmente, insisto, más que indiferencia hoy se puede hablar de una cierta hiperpolitización, en parte porque también estamos en puertas de unas elecciones generales y de unos debates que afectan a cuestiones realmente nucleares. Yo creo que, por primera vez, asistimos en Europa y en España, lamentablemente de la mano de algunos populismos de izquierda, a un debate que parecía clausurado después de la caída del muro de Berlín. Hoy de nuevo se vuelve a abrir el debate sobre el modelo de sociedad, y con propuestas además muy divergentes. Por tanto son, insisto, debates profundos, debates nucleares que tenemos que afrontar.

Que no hay indiferencia, sino que efectivamente lo que hay es una crisis de la política. Una crisis profunda, que sabemos que no solamente es una crisis económica, que es una crisis –hacía referencia a ello Benigno– genera-

---

<sup>1</sup> Transcrito por audición.

cional, creo que importantísima, me parece que es una de las grandes claves que tiene que explicar esta situación, y que en cierto modo también es una cierta crisis de paradigmas, de paradigmas políticos y sociales. Lo que ocurre, a mi juicio, es que en España estas crisis profundas suelen significar el retorno de, en fin, una concepción pesimista, a veces incluso sórdida de nuestro país.

Decía Benigno que pensamos los españoles que todo lo malo nos pasa a nosotros. Yo creo que mucho de eso está detrás de la percepción de la política que vivimos en este momento. Reaparece la idea de España como un proyecto fallido, la idea de España como un proyecto poco menos que imposible, como una Nación inacabada, como algo decepcionante, como una excepción negativa en el entorno europeo, como un país que de vez en cuando es capaz, y lo decía Cánovas de la guerra de la independencia, de protagonizar episodios gloriosos pero, en el fondo, letales, como si todo éxito histórico de nuestro país llevara de alguna manera en sí el germen de su propio fracaso, algo que ahora estamos viendo con las referencias a la transición, un indudable logro histórico que parece que ahora se vuelve, o se quiere volver, contra sí mismo. Y en esta situación de crisis, yo creo que ha habido desgraciadamente dos grandes narrativas que se han impuesto para explicarlas. Una narrativa, digamos, de regeneracionismo radical más o menos castizo –en algunos casos de una orientación más internista, en otros casos de una orientación laicista– que, con la disculpa de la regeneración, lo que hace es formular una enmienda a la totalidad con una retórica realmente tremendista, una enmienda a la totalidad a la política, a las instituciones democráticas. En fin, reviviendo unos discursos que realmente podían formar parte de la crisis del 98, pero que, en este momento, creo que tienen poco que ver con un país como el nuestro.

Y la otra narrativa, que sin duda ha adquirido una enorme vigencia –lo que no significa que electoralmente vaya a triunfar ni que sea asumida por la mayoría de los españoles– que intenta proponerse como clave interpretativa de la crisis es la narrativa antisistema de la izquierda radical, populista, que básicamente lo que hace es aprovechar la situación para impugnar las instituciones de la democracia representativa y formular un mensaje de anti-política. Es el discurso que, por una vía o por otra, tanto por la vía de ese regeneracionismo radical como por la vía del discurso antisistema, lo que intenta hacer es una enmienda a la totalidad de nuestra fórmula de convivencia, más que un compromiso sincero, viable y creíble de reforma y de recuperación de la integridad en la vida pública.

Yo creo que cuando abundan demasiado las citas de Ortega en los periódicos y en los artículos es que normalmente significa que tenemos un pro-

blema. Y no tiene nada que ver con el pobre Ortega, de quien yo fui lector precoz, y es una lectura absolutamente indispensable, sino de la interpretación y el uso interpretativo que se hace de Ortega por parte de algunos de nuestros publicistas. Naturalmente que influye en esta construcción de la imagen que los españoles tienen de la política la pérdida de fuerza del relato de la transición. Naturalmente que influye de manera decisiva la corrupción, porque la corrupción, cuando además actúa o se produce en un contexto de crisis es como el fuego y la pólvora, para entendernos. Es decir, el fuego sabemos que tiene por sí mismo una gran capacidad destructiva, pero si a ello le añadimos la pólvora, entonces los efectos son explosivos. Hay también un problema de crisis del Estado, no del estado de providencia, del Estado providencial, que en nuestro caso es evidente, porque la sociedad española es una sociedad muy estatista en su cultura.

Creo que también hay un problema que podríamos denominar como “el encaje de Europa”. En esta crisis, una buena parte de ese debate se refiere a las políticas de austeridad, a los hombres de negro, a la legitimidad de las intervenciones de países, a los déficits democráticos de Bruselas, y esto ha sido un elemento central en algunos de estos discursos. Es lo que ocurría. Y una sensación que, por otra parte, no es exclusiva de España, también muy comentada, que ha sido un elemento muy central de estas reflexiones, es, digamos, la pérdida de capacidad de decisión de los ciudadanos respecto a los factores centrales en los que son sustituidos bien por los mercados, bien por las instituciones europeas, bien por el Fondo Monetario Internacional. Es decir, toda una retórica, en buena medida, toda esta retórica izquierdista, que sin embargo tiene una eficacia innegable debidamente proyectada por un panorama mediático, digamos que, como poco, muy orientada hacia eso que Vargas llamaba “la civilización del espectáculo”. Y yo creo que todos podemos saber a lo que nos estamos refiriendo.

Lo cierto es que hemos perdido algo que es, o por lo menos se ha oscurecido algo que es muy importante y que creo que tiñe la percepción, la construcción de la imagen de la política en nuestro país. Hemos perdido de vista que España es una gran historia de éxito, y no se trata de idealizar nada, pero sí de reconocer que España es un país que, desde un sistema democrático, ha sido capaz de afrontar desafíos, y no es un tópico, desafíos muy serios, desafíos muy serios contra su [ininteligible] y que está en condiciones de afrontar los que en este momento están planteados, ciertamente el de su cohesión territorial y el de su unidad nacional. Aquí sí que conviene tener alguna perspectiva histórica para saber lo que han dado de sí este tipo de convulsiones independentistas en el caso de Cataluña, y es verdad que en

ese sentido los nacionalistas tienen una ventaja, y es que ellos celebran las derrotas. Y de la misma manera que se convierten o quieren convertirse en derrotados de 1714, celebran el 31, celebran 34, y desde luego, en lo que a mí se refiere, creo que deberíamos darle también en el 15 y en el 16 un nuevo motivo para celebración.

Debemos, a mi modo de ver, afinar mucho las cosas en este momento. Debemos distinguir el grano de la paja, o las voces de los ecos, o la virtud cívica de lo que es la simple indignación. Es algo que tiene demasiada buena prensa. Estar indignado se ha convertido en una forma de *status civitatis*, y eso, en fin, no es la civilidad.

Puestos a plantear alguna reflexión de futuro, yo creo que lo primero es afrontar o afianzar la salida de la crisis económica. Pero no solamente por una razón, digamos, estrictamente económica, sino porque yo creo que eso va a abrir, está abriendo una nueva perspectiva más esperanzadora a los ciudadanos, porque España tiene por delante, después de superar la crisis, un horizonte, una década que realmente puede ser muy positiva, y porque es necesario afianzar esta salida de la crisis económica para afrontar desde un punto de vista estratégico lo que yo creo que deberían ser las prioridades en las que obsesivamente nos tendríamos que concentrar: la educación, la creación de empleo y el futuro de nuestro Estado de bienestar. Porque los tres elementos están profundamente interrelacionados y los tres elementos tienen mucho que ver con algo que a mí me parece fundamental, y es por un lado los jóvenes y por otro las familias, que son dos grandes sujetos, hoy por hoy, alejados del Estado del bienestar, alejados de una vida civil activa.

Por supuesto que hay que luchar contra la corrupción. Hay que luchar contra la corrupción, sabemos lo que significa la corrupción. No solamente como infracción jurídica, la corrupción significa un elemento de desigualdad verdaderamente insultante de quienes a través de prácticas corruptas adquieren posiciones que no se corresponden ni con su mérito ni con su trabajo. La corrupción es un elemento verdaderamente cancerígeno de desconfianza en la sociedad, es muy difícil que una sociedad pueda avanzar sin unos niveles de confianza mutua y en las instituciones, mínimos. La corrupción ha hecho mucho daño en este sentido, pero también creo que es importante decir que es preciso prevenir la corrupción sin demonizar la política. Quiero decir que esto es una frontera difícil de establecer, pero la tenemos que establecer. No se puede hacer de la política una actividad que por sí misma sea sospechosa, no se puede hacer de la posición del político una posición disuasoria, una posición condenable socialmente, y ni siquiera se puede hacer de

la corrupción un problema que se pueda resolver a través de una determinada ingeniería política.

Hablar de la corrupción significa no solamente hablar de leyes y de normas, ni estrictas, sino que significa hablar de personas honradas, y este es un elemento que tenemos que recuperar en el discurso político, recuperar lo que significan los valores a la hora de ir a la política, de modo que no tengamos políticos cuya incorruptibilidad la confiemos a las leyes, sino que restablezcamos la importancia de la política como un compromiso moral en el espacio público, un compromiso moral con esas virtudes cívicas de patriotismo, de civilidad, de solidaridad, que no pueden ser sustituidas por ninguna ingeniería jurídica, por exhaustiva que sea.

Y porque además, y esto es otro factor que me preocupa especialmente, porque nos estamos jugando cómo sean las personas que lleguen a la política en un futuro muy próximo. Yo creo que podemos tener, yo creo que podríamos estar teniendo ya, un problema de eso que los políticos llaman reclutamiento de los políticos. Es decir, ¿quién hoy hace política?

Bien. Otro elemento importante, y acabo, José María, es que tenemos que repolitizar nuestros discursos. Es decir, cuando antes me refería a esas narrativas antisistema, en cierto modo es porque se han producido en un cierto vacío de discurso político. Es decir, yo no digo que tenemos que hacer política con menos Excel, pero sí con más Word, para entendernos. No solamente es necesaria la política del Excel, es necesaria también la política del Word. Es necesario que no haya incomparecencia en debates que pueden resultar incómodos, pero son en los que tenemos que plasmar ese compromiso que no se puede quedar en lo puramente declarativo con los principios y con los valores.

Y finalmente, estoy muy de acuerdo en que hay una parte importante de la ejemplaridad en política que tiene que venir dada en esta situación por la capacidad para reconstruir consensos, para reconstruir concordias en torno a los grandes problemas que tenemos por delante como Nación y como sociedad. Bueno, si somos capaces de discurrir por estas sendas, yo creo que cuando se replantee este tema podríamos estar hablando en términos muy diferentes.

Muchas gracias.